

Capítulo 1 - La Tierra de Caminos Rotos

- Capítulo 1 - La Tierra de Caminos Rotos

Capítulo 1 - La Tierra de Caminos Rotos

—Parece lo bastante seguro,—dijo Socks, oliendo el aire y moviendo con cautela la punta de su cola. El cachorro gigante estiró su cuello para asomarse por la ventana del segundo piso de la torre, luego se levantó sobre sus patas traseras y apoyó sus patas en la pared para mirar hacia el tercer nivel.

—Solo sé lo que me han contado,—decía Biandina, rascándose el hombro aún curándose con su mano restante,—La Torre Cuadrada es un lugar maldito y deberíamos dar la vuelta si la vemos.

—¿Crees que realmente está maldita, o que los ancianos saben que la tierra de los lobos empieza más allá de ella?—preguntó Dirt.

—No lo sé,—respondió Biandina,—Una u otra.

—Yo tampoco,—dijo Antelmu, aunque había admitido antes que nadie le había contado nada acerca de la torre cuadrada.

En otras circunstancias, Dirt tal vez habría ignorado por completo a alguien que le dijera que un lugar estaba maldito, ya que eso parecía absurdo y las maldiciones no existían en realidad. Pero tras los sucesos recientes, su certeza se había visto mucho menos firmemente establecida. La torre permanecía silenciosa, con siete pisos de altura y de tamaño comparable a una mansión, lo suficientemente grande como para que toda la tribu de Biandina pudiera habitarla si así lo quisieran. Sin embargo, no mostraba indicios de ocupación, ni recientes ni de otro tipo. Sus ventanas vacías, sin alma, reflejaban bastante la poca luz que venía de los pocos centímetros de nieve, borrando cualquier sombra que pudiera habitar en su interior. Si el tono marrón de las piedras de su ladrillo fuera una o dos tonalidades más pálido, Dirt habría pensado en hueso seco.

Los senderos marcados en la nieve zigzagueaban entre los edificios circundantes, o lo que quedaba de ellos. Este pueblo no era tan antiguo como alguna de las construcciones de su imperio, y no lo reconocía. Pero era un lugar viejo, abandonado hacía mucho tiempo, y Biandina lo conoció en el instante en que lo vio.

Antelmu se colocó justo debajo de Socks para mirar por la puerta, con un arco en una mano y sin flecha en la otra. Asomó solo parcialmente la cabeza, demasiado nervioso para meter toda la cabeza y mirar alrededor.

—Bueno, he observado con vista normal y con vista fantasmal, y no escucho ni huelo nada extraño. No puedo decir que nunca estuvo aquí, ya que el viento sopla y dispersa los olores antiguos. Pero

ahora mismo, no hay nada,—dijo Socks. Se empujó contra la pared de la torre y bajó, con las patas más grandes que piedras silenciosamente tocando el suelo.

El cachorro crecía, pero lo que realmente hacía que pareciera gigantesco era su espeso pelaje invernal. Aunque Dirt había visto cómo crecía, le costaba entender la perspectiva hasta que se alejó un poco y comparó a Socks con algo, como los dos humanos que estaban nerviosos junto a él. Parecía que cada día Socks se parecía menos a un cachorro y más a un lobo, lo cual era lamentable. Pero ese era el curso del mundo. Al menos, no se volvía menos adorable. Más bien, todo lo contrario.

Biandina se colocó justo detrás de su hermanito como para tratar de adelantarlo, pero Antelmu extendió su arco y se le plantó en frente, deteniéndola. —Está bien,—dijo con voz más baja de lo que pretendía,—yo entraré primero.

Se preparó visiblemente, cuadrando los hombros y hinchando el pecho, y entró en la torre.

—Oye, Biandina,—dijo Dirt,—toma esto.—Sacó su daga de la vaina y se la arrojó, atrapándola con la mente justo antes de que llegara para que ella pudiera cogerla en el aire sin cortar su mano restante.

“Gracias,” dijo ella. Con destreza, cambió varias veces su agarre, reflexionando sobre la mejor manera de sostenerla con solo un brazo, y finalmente decidió apuntarla hacia adelante. Ella avanzó, siguiendo a Antelmu.

El barro envió un pensamiento a Socks: “¿Crees que será en unos días?”

—Quizá. Puedo convencerlos de que cambien de opinión y vuelva por ti tras solo un día. Pero quizás no. Creo que pasaré unos días con ellos para ver qué tienen que enseñarme. Nunca he hablado con una pareja unida que reclame su propia tierra antes —dijo Socks—. Estoy seguro de que estarás bien, pero no me gusta dejarte aquí —. Dio un leve gemido, prácticamente imperceptible, para expresar su disgusto por dejar a su mascota atrás.

—No has mencionado crías, así que supongo que no tienen —.

—No lo sé, pero mi padre dijo que la mayoría de sus hijos tienen descendencia de forma muy escasa porque es difícil protegerlos del Devorador. No mencionó otras crías en este reto —.

Ahora me pregunto, ¿qué sucede cuando todo el territorio está reclamado? ¿Dejan de tener crías hasta que algunas mueren?

—El mundo es más vasto de lo que sé, y yo sé más que tú. No sé si sea posible que se agote —.

Está bien, pero en algún momento debe haber un fin, ¿verdad?

—Supongo. Mi madre decía que si viajas lo suficiente en cualquier dirección, eventualmente llegarás a aguas saladas que no deberías beber. Creo que podríamos haber encontrado agua si siguiéramos el río en el que está Ogena. Héctor mencionó barcos que viajan a otros lugares, así

que no debe estar demasiado lejos de allí. Pero esa agua está muy lejos de aquí —.

—¿Qué cantidad de terreno reclama cada manada exactamente?

—¿Cómo debería responder? ¿Qué palabras de medición quieres que use? Reclaman suficiente espacio para cazar, algunas áreas propias y un lugar donde las crías puedan explorar y jugar, si tienen alguna. Mi padre y mi madre reclaman mucho más que los demás, pero eso es porque pueden —.

Dirt se acercó al edificio, aunque su interés era menor de lo esperado. No eran ruinas de su pueblo, ni parecía que quedara algo en pie. Y, efectivamente, al asomarse adentrándose, no encontró mucho que ver. Un vestíbulo con puertas huecas a cada lado, y una sala más grande en el fondo. Sin adornos en las paredes de ladrillo. Biandina y Antelmu estaban fuera de vista, pero Dirt los oyó en la habitación a la izquierda susurrándose con ansiedad.

—¿Te molesta no poder venir? —preguntó Socks—.

—Oh, no, en absoluto. Un poco decepcionada, pero no les culpo. Ellos pueden hacer lo que quieran con su propio territorio, y sé cómo nos ven a los lobos. Pequeños y nerviosos, con caras planas. Pero díles que si deciden encontrarse con nosotros, les haré unos rastrillos de madera y les peinaré el pelaje —.

—Lo primero que quiero que me enseñen es a enviar mis pensamientos a largas distancias, como lo hacen mi padre y mi madre, porque ellos también pueden. Después, hablaré contigo. Y si no, te buscaré en los sueños y podremos conversar allí —.

Dirt hizo un gesto para que Socks se inclinara, y así fue. El gran cachorro bajó su hocico al suelo y Dirt lo rodeó con sus brazos, dándole el mejor abrazo que pudo. Luego lo acarició por todas partes, por donde alcanzaba. —Bueno, creo que ya tenemos todo lo que necesitamos de tu arnés. Que te diviertas. Nos vemos en unos días —.

—Los otros dos están preocupados de que no podrán protegerte. Es mejor que hagan un buen trabajo— dijo Socks, intentando sonar divertido, pero con la seriedad en su voz. —Adiós por ahora, pequeña Dirt.—

—Adiós, Socks. Mantén el caos en mínimos mientras estés en su territorio.—

—Ya veremos.—

Socks le dio a Dirt una pequeña lamida, solo con la punta de su lengua, de modo que solo tocó la cara de Dirt. Eso también se hacía más difícil, cuanto más crecía el cachorro.

Y con eso, Socks se dio la vuelta y salió disparado, dejando en el aire un remolino de aire vacío en el lugar que acababa de ocupar. Su pelaje gris oscuro resaltaba contra los blancos y grises pálidos del paisaje, que aquí era mucho más accidentado que las llanuras donde vivía el pueblo de Biandina. Dirt lo observó correr un rato, luego entró en la torre para encontrar a los demás.

Antelmu casi se topa con él al salir, caminando de regreso. —¿Ya se fue Socks?— preguntó, notando su ausencia evidente.

—Sí, justo ahora. Si te acercas por aquí, todavía puedes verlo correr.—

Él se acercó, y Dirt se quedó a su lado. Juntos lo observaron unos momentos, luego él dijo: —Oh, sí, vamos. Biandina está esperando. Vine a buscarte para que encontremos un lugar donde dormir esta noche.—

—¿No está bien en cualquier sitio?—

—No, tiene que ser en un lugar que podamos defender en caso de que pase algo—, respondió Antelmu con naturalidad. Le dio un pequeño tirón a la fibra del cuello de la camisa de Dirt.

—Vamos. Si el lobo se ha ido, quédate donde pueda verte.—

Eso sonaba a algo que el propio niño se había dicho a sí mismo más de una vez, y con frecuencia. Dirt esbozó una ligera sonrisa y lo siguió obediente. Era extraño, en cierto modo; veía al chico mayor a través de dos conjuntos de ojos. Por un lado, los ojos de Dirt, el niño lo veía como alguien mayor y más fuerte, que sabía mucho aún por aprender. Caminaba con orgullo, tenía músculo, peso y tamaño. Sabía cazar y luchar como un humano.

Pero desde la perspectiva de Avitus, Antelmu era solo un niño de doce años, aún sin comenzar su ascenso a la madurez. Era más joven y pequeño que Biandina, y ella misma aún necesitaba cuidado. Antelmu era un niño nervioso pero valiente, luchando por nadar en aguas más profundas de las que había aprendido a navegar.

Entraron por la puerta del lado izquierdo y encontraron una escalera de madera robusta, en una parte de la habitación donde la lluvia y la nieve del exterior no llegaban. Biandina ya había llegado casi hasta arriba, asomándose por la abertura como si pensara que algo podría saltarle encima.

Socks había dicho que era seguro, pero Dirt revisó de nuevo los pensamientos, solo para asegurarse, y no encontró nada más que a los dos niños. Bueno, y algunos pájaros, pero esos no estaban muy cerca. Miró en sus mentes y parecía que estaban picoteando la nieve en busca de semillas por la zona.

Dirt siguió a Antelmu escaleras arriba y se sorprendió de que ni siquiera crujieran. Eso le hizo preguntarse de qué madera habrían hecho aquella estructura tan sólida. Quizá había bosques cercanos, o los habrían tenido en el pasado.

Biandina los vio y dio un paso cauteloso en el segundo piso. Revisó las puertas y llamó a Antelmu y a Dirt para que la siguieran.

—Aprecio que tengas cuidado, pero Socks dijo que aquí no había nada, y eso significa que no hay nada—, dijo Dirt. —Lo más importante es detectar lugares donde el suelo no soporte nuestro peso, para no caer.—

“Si Socks pudiera prever las maldiciones, ¿qué hay del Ojo? Él nos habría advertido,” dijo Biandina, con un tono de reproche en su voz. Antelmu la miró con desdén, pero no pudo contradecirla. O quizás simplemente no se atrevió.

Dirt encogió de hombros y añadió: “Y otra cosa, no creo que los lobos hubieran dicho que permanecieramos aquí si fuera tan peligroso. Estoy seguro de que conocen lo que hay en los límites de su propio territorio.”

“Si tienes tiempo para quejarte, entonces ve a revisar esa puerta. Sin hacer ruido,” afirmó, poniendo un tono de autoridad en su voz que parecía haber aprendido de su madre.

Intentó no husmear demasiado en sus mentes, pues si lo hacía, eventualmente lo descubrirían y aún no estaba preparado para revelarlo. Sin embargo, no pudo evitar echar un vistazo rápido, y se dio cuenta de que Biandina realmente sentía miedo, y Antelmu también, aunque en menor grado. Miedo, y un instinto maternal de protección hacia los más jóvenes. Socks había desaparecido, dejándola a ella a cargo.

Dirt decidió colaborar. Se deslizó en silencio como una sombra por la habitación vacía, cuidando de no pisar la arena vieja que había entrado por las rendijas, y observó el pasillo a través de la puerta. Se abrió a un pasaje que conducía a otra sala, con varias habitaciones más pequeñas a lo largo. Volvió la vista y asintió, luego se deslizó sigilosamente para explorar.

Continuó avanzando en silencio para que no pudieran detectarlo y para mantener diferentes órdenes en mente, lo cual le resultaba entretenido. Escuchaba con sus mejores orejas de lobo en busca de cualquier signo de movimiento, más para detectar a Antelmu que a algún animal, y se desplazaba de una habitación a otra.

Ninguna de las habitaciones le pareció especial, ninguna le ofrecía una pista clara sobre su función. Cada una tenía una chimenea y un espacio para una fogata pequeña o un brasero con carbón. Los nichos para lámparas eran la única decoración en las paredes, todos vacíos. La mayoría de las habitaciones eran pequeñas, apenas seis pasos de ancho, y quizás cada una pertenecía a una familia, ya que ese era el tamaño de la mayoría de sus tiendas.

Dirt no encontró más que nieve acumulada cerca de las ventanas y hojas secas que habían entrado durante un clima más cálido. Sin muebles, sin adornos. Solo paredes de ladrillo, aunque bien construidas y en buen estado, aunque no sabía cuánto tiempo hacía que se había levantado el edificio.

Intentó regresar sigilosamente para sorprender a los otros dos, pero Biandina lo vio desde un pasillo. “Dirt, ¿el piso está despejado?” preguntó.

“Sí,” respondió. “¿Hasta el siguiente?”

“Una vez que encontremos a Antelmu. Debemos permanecer juntos.”

También él regresaba, esta vez con una flecha lista. No había encontrado nada, por supuesto. Subieron al tercer piso, cuarto, quinto. Cuando llegaron al sexto y séptimo piso, Dirt estaba listo

para dejar de ocultarse, pero Biandina insistió con silbidos y gestos agudos.

Tras recorrer toda la edificación, aún no sabía qué pensar al respecto. Sospechaba que era una insula, y que su único propósito había sido albergar muchas personas, pero no estaba seguro si se trataba de familias, soldados o algún otro tipo de ocupantes. Y si era una insula diseñada solo para vivienda, ¿por qué construir una sola y enorme, en lugar de una serie de pequeñas?

“Oh, oye, Biandina, ¿alguien te ha contado alguna vez para qué servía en realidad la Torre Cuadrada? Antes de que fuera maldita o lo que fuera, cuando todos se fueron,” dijo Dirt.

“Sí, era...” Ella lo detuvo, decidiendo que la mentira que intentaba inventar no era suficientemente convincente. “Quiero decir, no, nunca lo dijeron. Es solo uno de los puntos de referencia que nos enseñan cuando somos lo suficientemente mayores para salir por nuestra cuenta.”

—¿Para qué son todos esos agujeros en la pared? —preguntó Antelmu. Dirt sospechaba que estaba cambiando de tema para evitar responder a las preguntas sobre por qué no conocía los puntos de referencia.

—No estoy seguro —dijo Biandina—. Parecen orificios para postes, pero no puedo imaginar por qué pondrían un poste a través de la habitación.

—Son para las lámparas —dijo Dirt.

Los dos niños miraron nuevamente y llegaron a la conclusión de que probablemente Dirt tenía razón.

—Creo que deberíamos quedarnos cerca de la parte superior —dijo Antelmu, cambiando de tema otra vez. Dirt no estaba seguro si lo hacía a propósito, o si su mente saltaba de un lado a otro como diez saltamontes asustados. —Así podemos mirar y ver si viene algo.

—Pensaba en la mitad, para no tener que subir y bajar demasiado —dijo Biandina—. Aquí no hay agua y estaremos subiendo y bajando muchas veces.

—No tan a menudo —dijo Antelmu. No podía apartar la vista del paisaje, y Dirt se dio cuenta de que el muchacho nunca había estado tan alto antes.

—Por un lado, estarás subiendo y bajando esas escaleras cada vez que tengas que hacer pipí. No puedes hacerlo aquí y no tenemos un lecho.

—Puedo hacer pipí por la ventana —dijo Antelmu. Con una sonrisa traviesa, añadió: —Y tú también podrías. Solo siéntate aquí y asómate...

—Para eso no. No vas a hacer pipí por la ventana —replicó Biandina.

—¿Por qué no? Aquí no hay nadie —insistió Antelmu.

—Simplemente no lo harás —contestó ella.

Dirt dijo: — Yo siempre puedo hacer un lecho con un recipiente, si es que lo necesitamos.

Biandina le dirigió una mirada enojada, pero él sólo encogió los hombros. —¿En qué piso pensabas, en el cuarto? —preguntó ella.

Hesitó por un momento, considerando, y luego dijo: —En el segundo piso. Si hace falta, todavía podemos saltar por la ventana y escapar.

Dirt hizo de mediador y comentó: —Tiene sentido. Además, todavía podemos subir al último piso cuando queramos. Nos quedan varios días antes de que regrese Socks.

Ambos niños consideraron que eso era aceptable y se dispusieron a bajar en busca de una habitación apropiada. Dirt avanzó, ya que era el más cercano a las escaleras y tenía en mente una habitación. Los condujo por un pasillo hasta una habitación en la esquina, pequeña pero con dos ventanas para poder mirar en dos direcciones. —¿Qué te parece esto? —preguntó.

Antelmu miró hacia el final del pasillo y dijo: —Está bien. Podemos poner algunos arbustos en este pasillo para despertarnos si algo se acerca.

—Será difícil atravesar esas ventanas —dijo Biandina—. Se acercó y miró hacia la ciudad en ruinas que rodeaba la torre, y las paredes colapsadas en el borde. Aquello la mantuvo en silencio por un largo momento. —Supongo que puedo arreglármelas si hace falta.

—Solo te empujaremos —dijo Antelmu, sus ojos brillando con picardía.

—Me pregunto si encontraremos algo de aceite. Eso facilitará las cosas —dijo Dirt.

—Necesitaremos algún tipo de palo fuerte para empujar si ella se queda atascada —añadió Antelmu.

—Basta —dijo Biandina con autoridad, pero luego una sonrisa surgió y agitó la cabeza. —No sean molestas. ¿Qué quieren hacer antes de que anochezca? ¿Ir a buscar algo para comer o simplemente explorar?

—Podemos salir a pasear —dijo Dirt—. No tardará mucho en oscurecer, así que mejor no iniciar una cacería ni nada por el estilo.

Bajaron hacia la ciudad en ruinas, o lo que quedó de ella. La nieve aquí solo tenía unos pocos centímetros de espesor y ya se derretía sobre cualquier superficie oscura, pero no había mucho que ver. La mayoría de las ruinas parecían ser las partes más dañadas de Oriculum, cúmulos en el suelo sin una sola pared en pie. Ni siquiera parecía que las calles hubieran sido pavimentadas.

Los otros dos siguieron a Dirt, ya que él se había establecido como el experto en ruinas al hablar de sus aventuras en los últimos días. No encontraron puertas que condujeran a túneles oscuros, ni muchas estructuras en pie. Si Dirt tuviera que adivinar, diría que en su mayor parte estaban construidas con madera y ahora estaban decayendo y desaparecidas.

No pasó mucho tiempo antes de que los demás niños se aburriesen. Antelmu dedicaba más tiempo a buscar cosas que pudiese disparar con flechas, y casi disparó a aves más de una vez, antes de decidir que eran demasiado pequeñas para comer o estaban demasiado lejos para alcanzarlas. Encontró unos arbustos ruidosos y recogió algunos para hacer su trampa en el pasillo, pero luego se aburrió realmente porque sus manos no estaban libres.

Biandina, por su parte, pasaba la mayor parte del tiempo desplazándose nerviosa, con la cabeza girando para vigilar cualquier desastre que pudiera estar viniendo hacia ellos.

Dirt se rindió, decepcionado porque no había ni siquiera un mosaico en el suelo para descubrir, y regresó al interior con los demás. Una brisa comenzaba a levantarse, y cuando llegaron a su habitación, descubrieron que el viento silbaba entrando por una ventana y saliendo por la otra, agitando el aire y volviéndolo más frío que antes.

Decidieron usar la habitación contigua, que solo tenía una ventana, todavía un poco pequeña para Biandina. Antelmu hizo varios viajes arriba y abajo, recolectando las ramas más ruidosas para colocarlas en el pasillo, y Biandina lo observaba desde la ventana.

Dirt tomó su cuchillo y comenzó a tallar un hechizo de calefacción en el suelo de baldosas desmenuzadas. Modelar piedra con magia era una cosa, pero darle forma a la piedra para un hechizo completamente diferente parecía difícil y potencialmente peligroso, así que lo hizo a mano.

Apenas había terminado de tallar el primer sigilo, aquel que aceptaba maná cuando estuviera listo para cargarlo, cuando Biandina le preguntó qué estaba haciendo.

"Así funciona la magia para los humanos; dibujamos o imaginamos estos símbolos para decirle a la magia qué queremos que haga. Tenemos que hacerlo exactamente correcto. No sé por qué es tan complicado, pero así es como es. Socks no ve la magia de esa manera, aunque la entiende por haberme observado. Pero yo voy a tallar un montón de símbolos en el suelo que mantendrán la habitación caliente durante toda la noche, ya que no tenemos un cachorro grande ni podemos encender un fuego."

"¿Dónde aprendiste eso?" preguntó Biandina. Se agachó y observó su trabajo.

"Tengo muchos libros en el bosque que tú puedes leer, pero debes saber usar maná antes de que puedan ser útiles," respondió él.

"¿Qué es un libro?"

"¿Sabes qué es la escritura?"

"Sí, tenemos escritura, y nuestros ancianos la sacan para leer en ciertos días, como la cosecha o en primavera."

Un libro es una colección de escritos, todo sobre un mismo tema. Si yo escribiera la historia de todas mis aventuras con Socks en un pergamino, eso sería un libro. Hay toda una biblioteca en el bosque, llena de libros. Probablemente más de cien. Tal vez doscientos. No lo conté. Y algunos

tratan sobre cómo los humanos hacen magia," explicó. Con cuidado, trazó una curva con la punta desnuda de la daga, y una vez que quedó satisfecho, la repasó varias veces más para que quedara lo suficientemente profunda y permanente.

—¿Y tienes que usar maná? ¿Qué es eso? —preguntó ella. Se inclinó un poco más cerca de lo habitual, con los ojos llenos de ansia y un interés completo.

—Es la energía del mundo de la magia. Hay que aprender a inhalarla para poder hacer algo con ella. Una vez hecho esto, introduciré magia en este hechizo y mantendrá la habitación caliente durante horas.

Ella observaba atentamente cómo él trabajaba, claramente intentando memorizar cada paso. Él explicó poco a poco a medida que avanzaba, ya que no era dañino. Cuando llevaba aproximadamente la mitad, llegó el crepúsculo y tuvo que apresurarse. Antelmu ya lo observaba también, con las trampas colocadas y satisfecho de que oiría cualquier cosa que se aproximara.

La tierra tuvo que invocar una luz y una brasa cálida contra la fría noche antes de terminar, pero finalmente llevó a cabo la magia, y su hechizo funcionó. Una buena carga de maná y el suelo se calentó tan rápidamente que los niños saltaron de sus sitios, en reacción, mirando hacia abajo. Afortunadamente, lo hizo correctamente y no convirtió la habitación en un horno. Solo lo justo para mantenerlo cálido, y confiaba en que permanecería así la mayor parte de la noche. Cuando se agotara, podía recargarlo y volver a dormir.

Biandina extendió la manta para que durmieran sobre ella, y otra para que se cubrieran. El suelo sería duro, pero al menos no tendría frío. Se acurrucaron juntos, cálidos como siempre. Y en silencio, escuchando o sumidos en sus pensamientos. La tierra intentó encontrar una forma de comunicarse con Socks a distancia, pero no logró ningún avance. Buscó mentalmente por la mente del cachorro, extendiéndose cada vez más para localizarla. Luego intentó invocarla como un elemental, proyectando una imagen de su mente en ese mundo mental sin forma. Pero eso tampoco funcionó.

—Levántate y cierra la puerta —dijo Socks, con voz débil y lejana. Demasiado lejos para escuchar respuesta alguna. La tierra reconoció eso, ya que había ocurrido el verano pasado cuando estaban separados.

La tierra obedeció y se levantó de su cama.

—¿A dónde vas? —preguntó Biandina.

—Solo un momento —respondió. Luego inhaló un poco de maná y habló en magia al mundo, ordenando que la forma de la piedra en los ladrillos cambiara. Eran de material compuesto y no obedecían muy bien, pero había arena y piedritas en el mortero, y eso funcionó, aunque de manera ineficiente. Multiplicó el mortero en varios lugares hasta convertirlo en una lámina de piedra desnuda de medio centímetro de grosor, encajándola firmemente en la entrada.

—Aquí está —dijo. Volvió a acostarse.

Con esa medida adicional de seguridad, ambos niños pudieron descansar sus mentes y dormir, y la tierra los siguió poco después, preguntándose si sería capaz de encontrarlos en el sueño por sí misma. Normalmente, necesitaban a Socks para eso.

Profundamente en la noche, algo se movió en el pasillo. Se despertó de un jalón, con el corazón latiendo con fuerza. La noche era negra, ya no quedaba luna y las estrellas eran demasiado débiles para iluminar la habitación. El viento también había calmarse, y Biandina y Antelmu yacían inmóviles a su izquierda.

Otra vez, los arbustos de Antelmu temblaron. Levemente, apenas audible a través de la puerta de piedra. La tierra escuchó y detectó movimiento en la habitación contigua, por la ventana. Y en la habitación del otro lado. Algo se desplazaba sigilosamente por el edificio, haciendo un suave roce parecido a tela, pero sin pisadas. Provenía de varios lugares a la vez: fuera en el suelo, en las habitaciones a los lados, en el pasillo. Encima de él, a lo largo del suelo de ladrillos y madera.

Dirt cuidadosamente se deslizó fuera de la manta para no despertar a Biandina y se puso de pie. Caminó con la ligereza de una mota de polvo hacia la ventana, donde asomó la cabeza para observar qué ocurría.

No vio nada. Las bandas de estrellas brillantes observaban desde el cielo, pero la tierra que rodeaba la torre era negra, no la blanca nieve que esperaba. Todo estaba en negro, formando un círculo a diez pasos de la muralla. Se quedó mirando, sin estar seguro de qué estaba observando. Una oleada de temor le estremeció por primera vez. Quizá no fuera seguro estar allí después de todo. ¿Qué era aquello?

Dirt decidió arriesgarse y convocó una luz, fuera, en el aire abierto, donde no despertaría a los demás. La oscuridad tembló débilmente y se retiró de la luz, siempre demasiado lejos, sin importar dónde la colocara, y nunca logró entender claramente qué era aquello. ¿Otra criatura de la niebla? ¿Muchos pequeñísimos insectos? No podía discernirlo.

Se retiró tras la esquina de la torre para evitar su chispa de luz y desapareció de su vista. La tierra allí abajo ahora estaba desnuda, sin nieve, solo tierra, pasto y bloques de ladrillo colapsados. Poco después, los ruidos de apresuramiento a su alrededor se alejaron y se desvanecieron, dejando todo en completo silencio. Solo entonces comprendió que había olvidado por completo usar su visión mental. Estaba aturdido por el sueño y había descuidado esa habilidad, sobre todo con los humanos cerca, pero eso no era excusa. Decidió que no volvería a cometer ese error.

No logró dormir bien el resto de la noche, despertándose en cada movimiento o crujido, atento por si la criatura regresaba. Cuando finalmente amaneció, Antelmu fue el primero en asomarse por la ventana y casi se atraganta de sorpresa. “¡Miren! ¡Ey, levántense, los dos! ¡Miren eso!”

Un camino de tierra desnuda se extendía desde la torre hasta la distancia. Desde aquí, apenas podían distinguir adónde conducía—una senda de tierra sin nieve que se extendía varias millas, terminando en algo oscuro en el paisaje, un gris apagado rodeado por un parche de tierra desnuda.

“¿Qué... es eso?” preguntó Antelmu, casi en susurro, mientras se apretujaban junto a la ventana para verlo.